

CONFERENCIA MAGISTRAL

**LA ACTITUD DEL MEDICO FRENTE AL PROBLEMA
DE SU EDUCACION PROFESIONAL CONTINUA ***

LUIS CASTELAZO-AYALA ‡

Ha venido abriéndose paso en nuestro medio, cada vez con mayor energía y penetración, el concepto de "educación continua" para cada una de las ramas de actividad a las que puede consagrarse el hombre adulto. En la atmósfera de nuestros medios intelectuales —profesionales, científicos, de cultura superior—, pero también (y quizá más que en ellos) a nivel de quienes desarrollan labores técnicas o administrativas y hasta entre quienes viven de un simple oficio, se percibe la necesidad de mantener para toda la vida un óptimo rendimiento en el desempeño de las propias tareas, mediante una renovación permanente de los conocimientos que la humanidad va produciendo en su incesante camino de progreso. Cada vez se concibe menos la ancestral actitud, generalizada hasta hace poco tiempo y particularmente lamentable en ambientes profesionales por suponerse en ellos una particular capacidad creadora, de aspirar a un nivel determinado en el cono-

* Presentada en la XIV Jornada Médica Nacional, celebrada en Mérida del 20 al 23 de enero de 1972.

‡ Académico numerario. Subdirección General Médica, Instituto Mexicano del Seguro Social.

cimiento pensando que una vez alcanzado servirá para resolver todos los problemas de la actuación futura, como si fuera una fórmula mágica de vigencia permanente, como si en ese nivel la humanidad hubiera detenido caprichosamente su marcha, como si la explotación de lo alcanzado bastara para acallar las inquietudes de saber más para hacer mejor lo que en todos los campos se hace todos los días, como si el cerebro humano —el de todos los hombres— embotara su actividad creadora sin motivo alguno y sólo vegetara para recrearse en lo hasta entonces producido.

Sorprende, no obstante la simplicidad del concepto, el tiempo que ha debido transcurrir para que la humanidad lo perciba, lo acoja como beneficioso y lo aplique en la práctica. Apenas si alcanzamos a explicarnos esta tardanza atribuyéndola más bien a factores de evolución que a falta de penetración y de talento en las generaciones de los primeros 19 siglos de nuestra era y en las de los anteriores a ella. En efecto, la concepción de cultivo individualista permanente que venía flotando de modo indefinido y amorfo y de la que algo alcanzaba a percibirse en las manifestaciones de las etapas álgidas de las distintas culturas —asiática, griega, romana, renacentista, de la revolución francesa, para no citar más que algunas de las que se tienen constancias—, alcanzó sus primeras expresiones concretas de tipo colectivo hace apenas seis o siete decenios y hasta hace cuatro o cinco fue incorporada como principio a los programas de promoción sobre grandes masas.

Los motivos de este retraso general se explican al considerar que si bien el concepto abstracto de educación continua es fácilmente aplicable a individuos aislados,

su generalización es indisociable de movimientos colectivos de amplias dimensiones, y los valores y recursos con los que ha contado la humanidad en su desarrollo sólo le han permitido hasta recientemente la integración de colectividades con sólidas bases de doctrina unionista y con proyección inteligente y organizada, en grande escala, hacia el adelante y la conquista en todas las ramas de la productividad humana.

Además, la educación continua exige, por una parte, la incorporación en cada persona de valores humanos de orden cultural, filosófico y ético, al margen de lo propiamente técnico o científico, pues esto razonablemente no bastaría para producir en ella un desarrollo equilibrado y estable dada la naturaleza integral del ser humano; por la otra, exige también en cada persona una convicción sincera y profunda de querer ser mejor cada vez, una constancia perdurable en ese sentimiento, una energía interior —que no puede ser sustituida por nada externo— de luchar denodadamente por lograr la oportunidad de elevarse y saberla utilizar cuando se ha logrado. Ambos elementos —mejoría en la calidad humana integral del individuo e impulso vital de cada uno hacia la superación— sólo es posible obtenerlos en conglomerados numerosos merced a un laborioso proceso, en ocasiones desesperadamente lento, de divulgación intencionada, de estímulos, de convencimiento ejemplificado.

En la complejidad de la trama que va produciendo el desarrollo de la humanidad, la educación continua ha de ocupar su elevado lugar, asentándose en factores que representen un cierto nivel de progreso, para poder dar apoyo a otro de jerarquía superior. Así se explica el que

la falta de los recursos económicos que requiere, constituya otra causa del retraso en su implantación universal.

La educación continua es una vigorosa realidad que impone al hombre el conocimiento de su propia ignorancia, que le hace ver su impotencia para detener el avance de conocimientos y su insignificancia para alcanzar aislado lo que es fácil obtener de conjuntos organizados; es la generalización de una actividad que antes era exclusiva de algunos cerebros excepcionalmente inquietos o visionarios, la sistematización de algo que los pocos que lo anhelaban iban desarrollándolo a la medida de su propio criterio, con un programa que ellos mismos trazaban y con logros realmente distintivos para el individuo pero magros para la colectividad; es el establecimiento de una gigantesca escuela donde todo lo que existe en el universo —espiritual y físico— es materia de estudio permanente y donde los adultos mantienen su información al día mediante sistemas pedagógicos que resultan tan necesarios para la humanidad como lo fue en su tiempo el establecimiento de las escuelas elementales, como lo sigue siendo la extensión de la enseñanza primaria a todos los integrantes de una comunidad; es, al fin, la realización integral del ser humano en su más elevada concepción, pues a la mejoría permanente en su instrucción de carácter pragmático, auna como he dicho el adelanto en su conformación moral, en su cultura, en toda la gama de expresiones espirituales que lo singularizan en la naturaleza, y le sustenta —al tiempo que le marca las adecuadas vías de desahogo para ellas— sus inquietudes por vivir adaptado al mundo que habita, en el momento en que lo habita.

En México, desgraciadamente el concepto ha penetrado poco al área de lo realizable. La gran mayoría de nuestra población profesional lo ignora o no lo cultiva y prácticamente la totalidad de la población restante no recibe sino indicios tenues de su existencia. No precisa aquí encontrar los motivos y sólo nos basta destacar que el problema es de capital trascendencia para nuestro país; que es urgente programar su resolución en breve plazo, so pena de ver incrementado el rezago en los ejercitantes de todas las ramas de actividad humana hasta grados irrecuperables, pues cada día que transcurre aumenta ese rezago mucho más de lo que avanza nuestra educación; que la responsabilidad general de su promoción gravita sobre los sectores mejor preparados, que son los que hoy lo comprenden, y que los elementos que en su instauración intervienen —instituciones de educación, ciencia y cultura, sectores económicamente poderosos, —han de asociar sus fuerzas y aprestarse con apremio a la lucha, para bien de la patria.

El médico forma parte de un sector profesional incluido por supuesto en esta problemática, pero con aspectos adicionales. A lo largo de su actuación está obligado a conservar con absoluta integridad los atributos que a su elevada investidura corresponden, frente a situaciones ambientales que amenazan menoscabarlos, tales como la supertecnología, las diferentes formas de medicina colectiva, o la rutina burocrática en su ejercicio práctico.

El médico es ante todo un hombre de ciencia y como tal ha de ser —como siempre, pues sólo recordamos ahora principios básicos que nada de novedosos tienen y que aún son trillados para cierta élite intelectual— un estudioso permanente.

Debe saber siempre lo del día, lo actual, lo reciente y debe someterlo a un proceso de evaluación intelectual antes de aplicarlo. En esta dirección ha de vencer el obstáculo que ofrece la rapidez de los avances de la ciencia y el cúmulo de información que la divulga, pues no bastarían las horas del día para atender a ello, aunque hubiese una consagración exclusiva. A cada nivel y a cada modalidad de actividad médica corresponden fórmulas para organizar la adquisición de conocimientos, pero siempre sobre la base del estudio. Ha de vencer también el peligro de la superfragmentación de conocimientos que conduce al estrechamiento en el campo de la especialización médica. Ello no es malo en sí. Hasta podría admitirse que es en cierta forma necesario y aun ineludible, visto el desarrollo de la ciencia; el riesgo es que se pierda la visión del conjunto, cuando toda la atención y la energía se concentran en profundizar una parte, lo cual no sólo va limitando al científico puro sino que va además cegando al médico científico. Como hombre de ciencia ha de luchar también contra el aislamiento, al que su vanidad tendería a conducirle; si cae en esa trampa, propicia su fracaso, cava su propia tumba; la dinámica de la ciencia médica actual no permite el lujo de que existan deidades específicas; la integración en grupos, la comunicación con otros médicos que cultivan ramas vecinas y especialidades distintas es indispensable para facilitar el progreso y mantener como médico los pies en este mundo. Debe vencer también los obstáculos que en su vida diaria representa la rutina de trabajo a la que tiene que hacer frente, así sea ésta de índole también médica; los excesos de trabajo clínico y el cansancio natural de

sus actividades económicamente productivas no deben interferir con su atención al estudio y para ello basta una organización personal disciplinada que se sustente en una convicción muy firme. En ausencia de una estructura recia, el dinero y las comodidades corrompen y degradan.

La ciencia que el médico cultiva, ha de buscar aplicarla con verdadera destreza en beneficio de la salud de sus pacientes, sea para evitar la enfermedad o sea para curarla. Puede y debe valerse del instrumental y equipo que requiera, por muy sofisticado que parezca, pero sin dejar de considerarlos sólo como un medio que el talento y la experiencia de un hombre utilizan con un fin que está muy por arriba del instrumento mismo.

Ni la ciencia ni la técnica, que deben ser celosamente cultivadas, han de convertirse en el fin primordial de quien ejercita la medicina. Son sólo algunos de los ingredientes —fundamentales, básicos, imprescindibles— de la finalidad del ejercicio médico, que es un *servicio a la salud y al bienestar* de los demás hombres, aislados y en colectividades. El interés y la pasión por el servicio es quizá el componente de mayor trascendencia en el médico. Es el fin de su actividad, el móvil que orienta todas sus actitudes y sus pasos, el ideal que lo alienta en su lucha; y es al mismo tiempo el satisfactor primerísimo, el único sublime, el que exhibe la diferencia entre la actividad del médico y la de los demás, el que confiere la alta dignidad profesional y social que el médico merece, por encima de todo. No puede haber conocimientos científicos, ni máquinas o dispositivos cibernéticos ni fenómenos sociales, económicos, políticos o de cualquier otra índole, que deban susstraer del acto médico su finalidad *de ser-*

vicio, que le da carácter humanista al desempeño del médico y que debe ser el rector de todas las inquietudes de su vida.

Al equilibrio delicado entre el fin y los medios conviene que se dedique una atención continua —meditación, tiempo, actividades culturales que aproximen al hombre al ser humano y le hagan presente su imagen y sensibilidad— si se quiere evitar que el científico y el técnico se deshumanicen, que el clínico puro se burocratice, que se distorsionen peligrosamente los conceptos que definen a nuestra profesión y que ésta se proyecte a los ojos del propio médico y de la humanidad como un proceso mercantil cualquiera que puede ser otorgado no importa de qué manera.

Cabe decir que en México el médico, dentro del alcance precario del medio, ha sido líder de actividades educativas. Son ya varios los decenios en que a través de cursos, cursillos, jornadas, seminarios o conferencias, las academias, sociedades científicas y hospitales promueven intercambios científicos frecuentes en un afán de no quedarse atrás. Los viajes de profesores y alumnos son frecuentes en esta época, traduciendo en su bullir activo la inquietud de aprender, dando o recibiendo lecciones. El médico comprende que lo que aprendió durante su carrera fueron sólo orientaciones, generalidades y disciplina de estudio, que la medicina es una ciencia de la que mucho se ignora, que los conocimientos se están renovando en forma avasalladora, que si se rezaga gravarán su conciencia sentimientos de culpa, de inhibición y de ignorancia, que lo habrán de dejar resentido contra sí mismo y contra todos; comprende, por último, que el enfermo es la esencia misma de su profesión y que tiene el deber

de ofrecerle lo mejor de lo que el mundo sabe.

Pero esta generalización —“el médico ha sido líder... , promueve... , viaja... , comprende...”— en realidad ¿a cuántos médicos abarca? ¿Qué tanto es válida, si se analiza el actual número de médicos en nuestro país y si se cuantifican las actividades que cultivan su educación permanente? El panorama no es muy claro, sobre todo si se toma en cuenta a ese gran número de compañeros médicos que están dispersos en todo tipo de poblaciones del país, fuera de los núcleos médicos de cierto academismo, en la línea de fuego, haciendo frente a los problemas de salud en contacto directo con las colectividades humanas más disímolas. ¿Qué grado de actualización tienen en sus conocimientos? ¿Qué tanto son conscientes del nivel de preparación que requieren mantener y que se ha mencionado en párrafos anteriores? ¿Qué hacen ellos por su superación permanente y qué hace por ellos la colectividad? Alguien nos hacía notar con desanimación que sobre lo poco que se tenía avanzado, ciertos indicadores marcaban retroceso, tales como la disminución en la asistencia a grandes y clásicos eventos médicos (Asambleas Nacionales de Cirujanos, Asamblea Médica de Occidente, congresos nacionales de especialidades organizados por sociedades científicas) y la asistencia precaria a algunos cursos.

No compartimos el pesimismo de estas observaciones, pero sí es de estimarse que el problema es complejo y que su solución ha de basarse en realidades y exige la participación de muy diversos elementos. El más importante, es el médico mismo. Oigamos al maestro Ignacio Chávez, introductor y campeón del tema en

nuestro medio, referirse a este punto en una conferencia dictada hace cuatro años: "Esta es la exigencia primaria, sentir la necesidad imperiosa de continuar la educación y realizarla a lo largo de toda la vida. Por extraño que parezca —prosigue— no todos los médicos sienten esa necesidad, sea por sobreestimación de sí mismos, sea por pérdida de interés en su mejoramiento profesional. Son muchos los desalentados, los tristes de espíritu, para quienes el fluir de la ciencia los deja indiferentes, sabiendo que el agua de esa fuente no será para ellos, sobre todo porque no tienen sed. Igual que no son pocos los que quisieran saber más, pero no se atreven a volver a las aulas, temerosos de pasar por ignorantes. Temen rebajarse en su categoría profesional recibiendo lecciones de otros y se escudan, para explicar su inmovilismo, en obligaciones profesionales, en la esclavitud del trabajo diario o en limitaciones económicas. Este —continúa— es el principal obstáculo que hay que remover, el interno, de orden espiritual. Los otros de tipo material, siendo importantes, no le son comparables. Lo que más cuenta en el proceso del perfeccionamiento del hombre es el impulso propio. . . Y ese no se adquiere en las edades avanzadas sino mucho antes, desde la época de formación universitaria. Es en las escuelas de medicina donde la labor debe dar principio; si ahí no se aprende a estudiar y no se adquiere amor por la medicina, no hay por qué esperar que eso se logre en la vejez."

Es verdad; en la escuela de medicina el joven debe ver mundos nuevos que sacudan su espíritu, que orienten sus procesos mentales aún informes y que den claridad y estructura a los caminos de su vida. Ahí debe captar la dicha de apren-

der a saber a medida que estudia y analiza, el gozo inmenso de sentir que si la ciencia es su futuro, él será independiente y con sus propias fuerzas labrará su destino, porque lo que aprenda y procese a través de su actividad mental dependerá de su dedicación y sus propios recursos. Ahí debe encontrar que el estudiar —con las reflexiones, dudas, aceptaciones y rechazos, con el ejercicio intelectual que todo ello representa— es una apasionante tarea que gratifica por sí misma a quien se entrega a ella. Ahí podrá extraer de lo que ve a su alrededor —maestros, compañeros de estudio— qué tanto representa en la proyección de los seres humanos que contempla el amor al saber y ante ese escenario estupendo forjará sus sentimientos y templará su razón. No podrá jamás dejar de estudiar.

Pero ¿a cuántos de nuestros médicos les ha pasado esto durante su paso por la escuela? Ciertamente a los menos. Y si deslindamos responsabilidades, encontraremos que la escuela sufre graves omisiones con cada profesional que entrega a la sociedad —después de haberlo tenido durante años en sus aulas, sin haberle impartido la formación de estudioso permanente y sin haberle inspirado amor a la ciencia y a la humanidad—, le devuelve un ser mutilado e imperfecto en su esencia, que más va a ser una carga que una ayuda para la colectividad: engendro indigno al que no supo imprimirle los principios elementales de su formación. Inexcusable deficiencia porque eso es el principal papel de la escuela, para eso existe.

La dependencia que han tenido nuestras universidades —y las de todo el mundo, por supuesto— con fenómenos sociales, políticos y económicos adversos, ate-

núa las responsabilidades señaladas. Así se explica que cursen la carrera numerosos alumnos que nunca debieron iniciarla y a quienes faltó la orientación vocacional oportuna. Se explica también que existe un deterioro conceptual del ejercicio médico en el ambiente social comunitario, y que se distorsionen objetivos y valores, antes y durante la carrera, que desemboquen en la producción de médicos equivocados en la finalidad de su profesión, que anteponen elementos socioeconómicos triviales a los principios doctrinarios que indefectiblemente debieran regirla.

De esta suerte, hay numerosos médicos que desconocen el deber de luchar por seguir estudiando y mantenerse al día. En ocasiones falta vocación y entrega, faltan móviles; ni se ha gustado la dicha del saber ni se tiene conciencia de su importancia. Hay conformismo, carencia de aspiraciones al nivel de la alta jerarquía de la profesión, inhibiciones personales de carácter atávico. Otras veces el médico, dentro de su modesta formación, no alcanza a percibir las vías a través de las cuales podría mejorarse y le falta información o impulso para allegarse una revista o comprar un libro. Otras más, el médico es contaminado porque el medio profesional al que llega y en el que ha decidido moverse es estático o negativo a las acciones de promoción científica, técnica y humanista y cuando no se encuentra combatido ni manifiesta impulsos progresistas, tropieza con la indiferencia del medio ante el que nada vale el mérito y el sacrificio personal. El ambiente profesional puede sufrir también por ausencia de influencias positivas que pudieran enderezar un espíritu bien dispuesto, aunque carente de energía por sí mismo.

En otras ocasiones son los satisfactores de otro orden —principalmente sociales y económicos— los que desvían el proceso de estudio continuado, tanto si no se alcanzan y se vive para luchar por ellos como si se obtienen y entonces se vive para disfrutarlos; de todos modos se reprimen o matan las inquietudes científicas y culturales que pudieran haber prosperado en el profesionista.

Recién desarrollada en México la medicina institucional como una medida de extensión de formas amplias de protección medicosocial colectiva, surgieron otros enfoques de orientación negativista hacia la educación continua. En épocas en las que los conceptos positivos de ésta no eran contemplados o eran rechazados institucionalmente —por absurdo que parezca, esas épocas han existido aquí como en muchos otros países— el médico era limitado en su actividad profesional educativa (asistencia a cursos y congresos) por frías y torpes disposiciones administrativas. En otras etapas, si bien no se estorbaba al espíritu académico, técnico-científico y cultural del médico, tampoco era tomado en cuenta. Se trataba igual al que estudiaba que al que no lo hacía, al cumplido que al incumplido, todo ello en nombre de ordenamientos burocrático-laborales mal concebidos. Rebasadas esas etapas, puede aún invocarse otro factor que si bien no entraña una actitud negativa del médico ni de la institución, sí explica la falta de entusiasmo para atender otras formas de cultivo científico. Tal es la implantación de promociones científico-culturales dentro de la clínica u hospital en que trabaja el médico, mismas que actúan como satisfactores, parciales o totales, según la magnitud del impulso de cada médico.

Esta somera revisión de situaciones adversas que hay que remontar para sanear el futuro, muestra lo que pensamos que es nuestra realidad actual. Para enmendar sus deficiencias, han de irse mejorando y prodigando los medios de divulgación científico-cultural, que por otra parte ya conocemos. Es éste uno de los casos, como hay tantos en las perspectivas de salud, en que el acierto estriba no tanto en elevar hasta lo sublime la buena operación que está afectando a un núcleo de población pequeña, sino en extender la buena operación a todas las áreas de población. Y, repetimos, esta es responsabilidad de quienes se dan cuenta y están convencidos de su necesidad. La promoción estará encaminada a:

- I. La intensificación de programas de orientación vocacional en las épocas en que el estudiante decide la adopción de una licenciatura.
- II. La insistente motivación del estudiante, durante la carrera, para que la comprenda en todas sus facetas, incluyendo su educación profesional continua. Es ésta quizá la más trascendente de las medidas para mejorar el panorama del problema.
- III. La organización sistematizada de actos o celebraciones científicas, en torno a unidades o centros médicos, sociedades científicas y universidades: sesiones científicas periódicas de las mejores variantes, cursos de actualización o monográficos, eventos de intercambio académico y social tales como seminarios, jornadas, asambleas y congresos, sean de carácter local, regional, nacional o internacional. Dentro de este campo debe estimularse el ingreso del mé-

dico a sociedades científicas prestigiadas, la presentación de aportaciones serias en las sesiones y el reconocimiento a sus méritos auténticos.

- IV. Que el médico tenga a su alcance el material de estudio necesario, bibliohemerotecas en hospitales y clínicas, y realice esfuerzos personales por adquirir informes bibliográficos de los servicios especializados que existen al respecto. Un instrumento docente extraordinario lo constituye la evaluación periódica de sus conocimientos y su capacidad profesional, mediante procedimientos de auto o heteroevaluación que han adquirido excelentes niveles de aprovechamiento. No olvidar que los mejores maestros para el médico son los enfermos y los alumnos, manejados ambos con el más generoso espíritu de servicio y las normas éticas más estrictas.
- V. La enseñanza —desde el simple intercambio entre compañeros hasta los cursos más formales de especialización, maestría y doctorado— es un recurso de valor inestimable, sobre todo si se aborda por el médico con el concepto de eliminar distancias formalistas en la relación profesor-alumno, cualquiera que sea la posición que ocupe.
- VI. No pueden desligarse —se insiste una vez más— los conceptos de enseñanza e investigación. Esta última, llevada en institutos y centros muy altamente especializados, a niveles de originalidad mundial, puede cultivarse con menos pretensiones en numerosas asociaciones y universidades. Todo está en consi-

derar que cada acto médico tiene un fuerte matiz inquisitivo y que este profesionista, por la naturaleza misma de su actividad diaria, está especialmente inclinado a tener inquietudes que no siempre requieren de grandes instalaciones y costosos equipos para realizarlas.

- VII. La más importante promoción es un programa extenso hacia el médico mismo. De nada sirve lo demás, aunque se dispusiera de recursos en grande escala, si él no está convencido y acude con decisión y diligencia al llamado de su deber. Para ello no encontrará ningún estímulo mejor que el derivado de su propia conciencia.

Nos quedaría por mencionar someramente, aunque sea a la pasada, un punto en el que deben deslindarse conceptos. Se ha dicho que a la resolución del problema de la educación continua del médico deben contribuir todos los sectores interesados del país: el gobierno, los organismos docentes, las instituciones de salud y las sociedades científicas y culturales, principalmente. El gobierno, como un gran regulador de recursos y un decidido impulsor del progreso. Las facultades y escuelas de medicina cuentan con muy escasos elementos económicos y para la educación en unidades asistenciales se apoyan en las instituciones que las tienen, dando con ello un espléndido ejemplo de coordinación interinstitucional en gran escala, para beneficio primario del país. Comparte así las responsabilidades de las tareas ejecutivas en la docencia, pero se reservan las garantías de la selección de unidades médicas, de la supervisión y del otorgamiento de créditos. Pero no abor-

dan más allá de las maestrías y el doctorado, que son grados académicos que siempre estarán destinados a grupos cortos, frecuentemente de investigadores.

Las academias y sociedades científicas seguirán teniendo un papel trascendente en ramas de actividades que abarcan principalmente sus sesiones regulares, sus publicaciones y sus eventos científicos periódicos. Han de cerrar filas junto con los demás organismos mencionados para preservar esos elementos de educación, enfrentándose a la resolución del problema que representa la baja asistencia a sesiones y, en menor grado, a sus congresos y jornadas. Se ha invocado como motivo la multiplicidad de sesiones a las que debe asistir el médico, por las que tiene en su propia unidad médica y en otras sociedades. Pero ¿será sólo ese el motivo? y en todo caso, ¿se ha hecho algún estudio que conduzca a fórmulas de solución? ¿Cuáles son éstas? No debe cejarse en la lucha por incrementar su participación en el estímulo científico del médico. Históricamente ha sido relevante y no se perciben en las perspectivas futuras barreras insalvables.

A las instituciones de salud, particularmente las asistenciales, les está reservada la mayor parte de la resolución del problema. La razón es sencilla: la superación en el trabajo diario es indisociable del paciente. Siempre lo ha sido, sólo que ha faltado la conciencia que ahora se tiene del compromiso de contribuir a la educación del médico y la organización necesaria para extender la operación a todos los ámbitos. La omisión en épocas pasadas resultaba natural: todo toma un tiempo en el camino del progreso. En nuestra época ya no se explicaría. No se pueden tener tantas carencias educativas y tanto

desperdicio de recursos docentes. Se buscan con afán mecanismos y estructuras que sustenten la organización operativa que convierta a cada consultorio, cada cama, cada quirófano y cada laboratorio o gabinete en una fuente de divulgación científica.

Y en este proceso, le está reservada una buena parte al eterno estudiar del médico, para que pueda disponer —seria y organizadamente— de tiempo y de recursos para ello. Estas instituciones —oficiales, descentralizadas y privadas— deben sentir el peso de esta obligación hacia el país, hacia sus propios intereses y hacia el médico que en ellas trabaja. La institución y el médico han de sentir que

el libro, la revista, el aula y el tiempo para emplearlas, son instrumentos de trabajo tan indispensables como el estetoscopio, el bisturí, el microscopio y el termómetro, y han de comprenderse recíprocamente conjuntando sus anhelos e inquietudes a ese fin común. Difícilmente podrán hacer algo mejor por México y por sus habitantes.

Los médicos pedirán: ¡Que respondan las instituciones!

Las instituciones dirán: ¡Que respondan los médicos!

Y nosotros nos quedamos cavilando, con la mirada en el futuro, si ante un panorama tan claro sería posible que alguno de los dos no respondiera...